

Jean-Paul Sartre y la historia

Catalina Uribe Merino

Resumen:

Se mostrará la transformación del pensamiento sartreano en relación con la historia y la política durante la guerra, a través de una serie de tomas de conciencia que proseguirían a lo largo de toda su vida. La guerra dividió la vida de Sartre en dos, fue para él un nuevo punto de partida que lo llevó a asumir un verdadero compromiso político. Las experiencias que tuvo en esta época marcarían para siempre su vida e influirían decisivamente en su obra. El inconformismo de Sartre, su intransigencia tenaz, su idea de compromiso y su concepción del quehacer político como un cuestionamiento permanente de sí, lo convirtieron en un testigo ejemplar en el cual se encarnan de forma singular las esperanzas y las derrotas de la revolución occidental.

Palabras clave: Jean Paul Sartre, segunda guerra mundial, historicidad, compromiso político, revolución occidental.

Jean-Paul Sartre y la historia

Jean-Paul Sartre ha adquirido una gran actualidad en los primeros meses de este año 2000, debido a la conmemoración de los veinte años de su muerte, acaecida el 15 de abril de 1980. Analizaremos un

aspecto interesante —y relativamente poco estudiado— de la vida de este escritor: su relación con la historia. En concreto, el descubrimiento de lo que él llamaría la *historicidad*, a raíz de sus experiencias durante la segunda guerra mundial.

Las reflexiones sartreanas acerca de la historia —cuya expresión culminante se realiza en 1960, en la *Crítica de la razón dialéctica*, cuando son confrontadas seriamente con el marxismo— se encuentran ya de manera embrionaria en sus *Cuadernos de guerra*, más elaboradas en *El ser y la nada*, y, de forma literaria, en los tres tomos de su novela *Los caminos de la libertad*. Mostraremos la transformación del pensamiento sartreano en relación con la historia y la política durante la guerra, ya que consideramos que la evolución filosófica y literaria de Sartre, así como de sus actitudes políticas, responde a una serie de “desgajamientos” sucesivos a partir del momento en que fue movilizado.

Sartre se impuso desde muy temprano, pero muy especialmente a raíz de sus experiencias como soldado, una serie de tomas de conciencia que proseguirían a lo largo de su vida y que llevarían a Francis Jeanson¹ a considerarlo como uno de los hombres más auténticamente adultos que podemos encontrar. Se trataba de una forma de desprenderse de sí que Sartre explica en la última parte de *El ser y la nada*,

donde habla de la “conversión radical” de la mala fe a la autenticidad. Este proceso de autenticación que siguió Sartre, implicaba ante todo asumir de forma consciente la propia situación para cuestionarse y comprometerse.

El “perro guardián”

Desde muy joven Sartre se manifestaba en contra del poder institucional y de la autoridad, de la pedagogía vigente, de la generación de su abuelo, del ejército francés y de otros “fantasmas privados”; estaba claramente en contra de su padrastro: aristócrata-burgués, jefe asalariado de nivel medio. Sus dos primeros enemigos serán la extrema derecha de tendencia fascista, con Maurras y la *Action Française*, y la literatura católica de carácter muy académico representada por François Mauriac, mientras estaba a favor de los socialistas republicanos radicales que creían en la libertad, en el humanismo.

La condición de hombre político, en el sentido más amplio del término, es algo que lo caracterizó siempre. Sin embargo, Sartre mismo decía que un hombre es sus *acciones* y no lo que se imagina *ser*; afirmaba que los demás nos juzgan por nuestras obras, es decir, a par-

1. Jeanson, Francis, *Jean-Paul Sartre en su vida*, Barcelona, Barral Editores, 1974, pp. 40-42.

tir de un compromiso genuino, y no por nuestros gestos, que constituyen frecuentemente una farsa. Alrededor de sus veinte años, Sartre comienza a esbozar los temas de obras como *La náusea* y *El ser y la nada*, inventándose una violencia estética y superior contra el orden establecido, pretendiendo hacer de su vida una creación estética. Pero su conciencia de clase era vaga; aunque odiaba la burguesía, se mantenía imparcial, en una “oposición estética” que consistía en escribir contra ella, ridiculizándola, sin darse cuenta de que su individualismo era una toma de posición respecto al mundo.

En sus primeros escritos, Sartre manifestaba una mirada en cierta forma obsesionada por la muerte, la locura, la sexualidad, la angustia; es decir, la parte más sensitiva de sí mismo en aquellos años de juventud en que se siente desamparado y se interesa por comprender profundamente las manifestaciones patológicas de la vida cotidiana. Annie Cohen-Solal afirma que en esa época fecunda, esplendorosa y apasionante para Sartre, al tiempo que cruel y marginal, en esos años que fueron su más intenso período de escritor, mientras Sartre trabajaba “todo lo demás desaparecía: la historia, la política, la guerra de España, la construcción de un hombre

nuevo en la URSS, la victoria del *Front Populaire* en Francia, los desfiles, las huelgas, las vacaciones pagadas, el ascenso del fascismo en Alemania, las coaliciones de la extrema derecha, las grandes movilizaciones populares, las grandes aspiraciones colectivas...”²

En esa época Sartre seguía siendo, según John Gerassi, un “intelectual burgués típico, el ‘perro guardián’ que tenía ante sí un largo camino que recorrer antes de poder comprender que, como lo expresara su atormentado compañero Paul Nizan, ‘nadie puede salvarse por vía de sus pensamientos privados o de sus pasiones privadas’”.³ Sartre mismo diría que en *La náusea* se trasluce su conciencia política de pequeño burgués, individualista y democrático. Puede decirse que era el comienzo de la concientización política, pues allí describía a la clase dominante y a los marginados, pero Sartre, aunque hubiera querido realmente cambiarse a sí mismo, se limitaba a condenar una clase y una ideología.

Sin embargo, hacia el final del período de entreguerras, sus pri-

-
2. Cohen-Solal, Annie, *Sartre, 1905-1980*, Barcelona, Edhasa, 1989, p. 159.
 3. Gerassi, John, *Jean-Paul Sartre: La conciencia odiada de su siglo*, Santafé de Bogotá, Norma, 1993, p. 194.

meros relatos, aparecidos en 1937 —*El muro* y *La infancia de un jefe*— dan testimonio del interés de Sartre por los problemas históricos de su época; con ellos se construirá su imagen de antes de la guerra. Además, gracias al espíritu crítico de Sartre a toda prueba y a su responsabilidad en todo momento, sus alumnos ‘habían aprendido a percibir la lucha de clases y los detestables racismos, a aceptar al otro, a desmitificar la locura, a atacar radicalmente el matrimonio, la propiedad privada y otros símbolos de la vida burguesa, a destrozar jerarquías artificiales y convenciones inútiles’.⁴

Refiriéndose a su actitud de antes de la guerra, Sartre explicaba que el compromiso para cualquier intelectual pequeño burgués, liberal y en el fondo apolítico, que no ha confrontado la miseria, la pobreza, la tortura o la muerte, no podía ser sino cerebral. Sin embargo, pertenecía desde entonces a la izquierda porque pensaba que los derechistas, los conservadores y los liberales terminan por destruir hasta el último vestigio de la moralidad humana:

O ellos, con plena conciencia, en forma abierta, piensan sólo en sí mismos, en cómo adquirir mayores riquezas, o detentar

mayor poder, y están por entero dispuestos a explotar a cada uno y a todos para lograr sus metas; o fingen para sí mismos que siempre existen dos lados en cualquier cuestión, con el fin de no tener que escoger. Aquéllos son los enemigos, éstos son la escoria que termina ayudándole a aquél a ganar.⁵

La “paz eterna” del período de entreguerras

En sus memorias, Simone de Beauvoir describe así la actitud que ella y Sartre mantenían frente a la realidad política, antes de la guerra:

Contábamos con que los acontecimientos se desenvolverían según nuestros deseos sin que tuviéramos que intervenir; sobre este punto en ese otoño de 1929 compartíamos la euforia de toda la izquierda francesa. La paz parecía definitivamente consolidada; la expansión del partido nazi en Alemania sólo representaba un epifenómeno sin gravedad. El colonialismo quedaría liquidado a breve plazo: la campaña desatada por Gandhi en la India, la agitación comunista en Indochina, lo garantizaban. Y la crisis de una

4. Cohen-Solal, *Op. cit.*, p. 171.

5. Citado por Gerassi, *Op. cit.*, p. 226.

excepcional virulencia que sacudía al mundo capitalista dejaba prever que esa sociedad no aguantaría mucho tiempo. Ya nos parecía vivir en la edad de oro que constituía a nuestro parecer la verdad oculta de la Historia y que ésta se limitaría a revelar.⁶

Simone de Beauvoir reconoce que sufrían entonces de una “ceguera política” que les impedía comprender el mundo: “Como Sartre lo indicó en *Le sursis**, vivíamos todos una vida falsa cuya sustancia era la paz”. Los acontecimientos podían suscitar en ellos violentos sentimientos de ira, de temor, de alegría, pero seguían siendo espectadores. No se negaban a priori a participar, pero se sentían impotentes y no compartían las pretensiones políticas de los intelectuales de izquierda de la época. Eran extremadamente individualistas y no encontraban la forma de obrar eficazmente: “Nos negábamos a alterar la rueda de la Historia, pero queríamos creer que giraba en sentido correcto. De lo contrario, habríamos tenido demasiadas cosas en que ocuparnos”.⁷

6. Beauvoir, Simone de, *La plenitud de la vida*, Barcelona, Edhasa, 1980. pp. 16 y 316.

* *El aplazamiento*, segundo tomo de *Los caminos de la libertad*.

7. De Beauvoir, *La plenitud de la vida*, *Op. cit.*, pp. 158, 190 y 231.

Tras la crisis económica mundial iniciada en 1929 en Estados Unidos y la sacudida que conllevó, Sartre se preguntaba a menudo si no debería solidarizarse con los que trabajaban para la revolución:

Más de una vez durante esos años Sartre se sintió vagamente tentado de afiliarse al Partido Comunista. Sus ideas, sus proyectos, su temperamento, se oponían; pero si le gustaba la independencia tanto como a mí, tenía mucho más sentido de sus responsabilidades. Ese día sacamos en conclusión —nuestras conclusiones eran siempre provisionales— que, si uno pertenecía al proletariado, había que ser comunista, pero que su lucha, aunque nos incumbía, no era sin embargo la nuestra; todo lo que se podía exigir de nosotros era estar siempre a su lado. Teníamos que seguir nuestro camino, que no se conciliaba con la inscripción en el partido... No nos considerábamos, sin embargo, ajenos a la cuestión; queríamos ejercer una acción personal, a través de nuestras conversaciones, nuestra enseñanza, nuestros libros; sería una acción más crítica que constructiva, pero en Francia, en el momento en que nos encontrábamos, pensábamos que la crítica era extremadamente útil.⁸

8. *Ibid.*, pp. 118-119.

Cuando llegó a Berlín en el otoño de 1933, nueve meses después de la subida de Hitler al poder, Sartre no fue muy sensible a las manifestaciones del nazismo ya imperante. Se mantuvo concentrado en sus estudios sobre Husserl, obsesionado por sus lecturas y el manuscrito de la segunda versión de lo que llegaría a ser *La náusea*, indiferente al contexto que lo rodeaba. Como diría Simone de Beauvoir de sí misma, semejante en esto a muchos de sus contemporáneos, también Sartre permanecía instalado en la “paz eterna”.⁹ Estaban convencidos de que el socialismo triunfaría y no creían en el peligro del nazismo; “o acaso Sartre lo sospechaba y no tuvo ninguna gana de afrontar la siniestra realidad que durante nueve meses, en Berlín, no había logrado eludir: el nazismo se propagaba a través de Europa central; se parecía mucho menos a un fuego de paja de lo que decían los comunistas”.¹⁰ A su regreso de Berlín, Sartre todavía se mantenía relativamente distanciado de los acontecimientos exteriores y se enfrentaba a crisis puramente personales: era un filósofo en proceso de construcción.

9. De Simone de Beauvoir por ella misma, Buenos Aires, Losada, 1980, p. 52.

10. De Beauvoir, *La plenitud de la vida*, *Op. cit.*, p. 170.

Pero la crisis económica seguía agravándose, mientras la situación política se deterioraba; el auge del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, el nacionalismo, la xenofobia y la propaganda antidemocrática, hacían eco en Francia. Simone de Beauvoir dice en sus memorias que ellos habían asistido con entusiasmo al triunfo del Frente Popular en 1936 y confirma que por aquella época la situación política era una preocupación preponderante para Sartre. Una situación que se hacía cada día más difícil debido a la ofensiva franquista cada vez más violenta y a la degeneración del Frente Popular. La doble agonía de la España republicana y del Frente Popular en Francia en 1937, el discurso de Nuremberg en septiembre del mismo año, la alianza declarada entre Hitler y Mussolini y la entrada de las tropas alemanas en Austria, eran acontecimientos que los afligían y aterraban.

Sartre se sentía cada vez más afectado por los acontecimientos que se precipitaban hacia la guerra; se encontraba más inmerso, más vulnerable a los giros de la política y la historia europeas. Más adelante, él mismo lo evocaría de esta forma: “A partir de 1930, la crisis mundial, el advenimiento del nazismo, los sucesos de China y la guerra de

España nos abrieron los ojos; nos pareció que iba a desaparecer el suelo bajo nuestros pies y, de pronto, *también comenzó para nosotros el gran escamoteo histórico: esos primeros años de la gran paz mundial tenían que ser considerados como los últimos del período entre las dos guerras*".¹¹

La noche del 29 al 30 de septiembre de 1938 se firmó el Pacto de Munich, en el que pasaron a manos de Hitler grandes territorios de Checoslovaquia. Tiempo después, Sartre reconocería que el día en que se firmó el Pacto de Munich,

de súbito fui consciente de vivir en una sociedad por completo inestable e incontrolable. Un cataclismo mundial está a punto de sobrevenir y no puedo hacer nada por evitarlo. Me observo de un modo nuevo: ya no soy libre, por el contrario, los acontecimientos me determinan. En vez de ser el tipo que hace su trabajo en silencio para convertirse en gran escritor, soy un pobre imbécil en un mundo a punto de explotar. Lo que yo diga o haga no tiene la más mínima importancia. De modo que, como soy un objeto, no un

ser humano, como no puedo hacer nada respecto a mi destino o al del mundo, como soy del todo impotente, escribo.¹²

Sartre estaba a favor de la guerra porque pensaba que no se podían cruzar de brazos y permitir que Hitler ganara. No cayó en el pacifismo en el que cayeron muchos alumnos de Alain, pacifismo que tomaba como una irresponsabilidad. Eso se debió seguramente, como él mismo consideraría después, a que no tenía ninguna línea definida de ideas políticas, aunque estaba claramente contra Hitler:

Después de Munich sentí el alivio que sintió todo el mundo, sin darme cuenta de que era un alivio que implicaba una política de perpetua adhesión a lo que hacía Hitler... La guerra retrocedía por un tiempo... El poderío de Hitler crecía cada día y si lo dejábamos seguir iba a convertirse en el amo del mundo. En todo caso de Europa. Y eso no lo podíamos soportar. Me enfrentaba a él por razones simples: mi sentimiento de la libertad, que era el de todos los franceses, cierta libertad política.¹³

11. Sartre, Jean-Paul, *¿Qué es la literatura?: Situaciones, II*, Buenos Aires, Losada, 1950. p. 191.

12. Citado por Gerassi, *Op. cit.*, p. 241.

13. Beauvoir, Simone de, *Conversaciones con Jean-Paul Sartre, agosto-septiembre 1974*, Barcelona, Edhasa, 1982, p. 479.

Sartre y Simone de Beauvoir admitían que era preferible una Francia en guerra a una Francia nazificada; pensaban que la dominación nazi quitaría todo sentido a sus vidas de intelectuales y que todos sus contemporáneos, por no haber tomado las armas contra Hitler, se verían un día forzados a luchar por él:

en una Francia anexionada o avasallada, obreros, campesinos, burgueses, todos sufrirían: todos serían tratados como vencidos, y duramente sacrificados a la grandeza del Reich... Nizan había tenido razón al sostener que el compromiso político no puede eludirse de ninguna manera; al abstenerse se toma posición... un día la gente sacudiría su esclerosis, inventaría libremente su vida. Eso era lo que pretendíamos... Sin embargo, nuestra vida, semejante en ese punto a la de todos los intelectuales pequeños-burgueses, se caracterizaba por su irrealidad... como Sartre me dijo un día, teníamos *un sentido real de la verdad*, ya es algo: pero eso no implicaba de ninguna manera que tuviéramos *un sentido verdadero de la realidad*... estábamos como todos los burgueses al amparo de la necesidad y, como todos los funcionarios, de la inseguridad... [Además] nuestros lazos ilegí-

timos eran considerados casi con tanto respeto como un casamiento... eso nos reafirmó en el sentimiento de nuestra libertad. Su evidencia nos ocultó la miseria del mundo.¹⁴

Aunque la guerra era inminente, estaban convencidos de que no duraría mucho tiempo y de que las democracias la ganarían; esperaban por lo menos que a la liquidación de los fascismos seguiría en Francia y en toda Europa un progreso del socialismo.

El 16 de marzo de 1939, las tropas de Hitler hacían su entrada en Praga. Sartre y Simone de Beauvoir se enteraron de la firma del pacto germano-soviético, el 23 de agosto. Esto debilitó en ellos, como en muchos otros, la simpatía que sentían por la URSS y la confianza en el PC. A pesar de todo, justo antes del estallido de la guerra, todavía decía Sartre que era imposible que Hitler estuviera pensando en iniciar una guerra, con el estado de ánimo en que se encontraba la población alemana. Aunque se llegara a la movilización general, "la movilización no es la guerra", decía. El 1º de septiembre fue decretada la movilización general y Sartre, que salía al día siguiente

14. De Beauvoir, *La plenitud de la vida*, *Op. cit.*, pp. 312-316.

para Nancy, escribía: "Finalmente triunfó la estupidez. Parto esta madrugada a las cinco... no temo por mi vida, ni siquiera temo pasarlo mal... No corro ningún peligro... Se trata de una inmunda historia en nuestra vida, pero no del fin de nuestra vida. Habrá una paz y un *después*".¹⁵ El 3 de septiembre, Inglaterra y Francia, con seis horas de intervalo, declaraban la guerra a Alemania.

La transformación en la guerra

La guerra, como lo repetiría él mismo en varias ocasiones, dividió la vida de Sartre en dos. Antes de asumir un verdadero compromiso político a raíz de esta experiencia, Sartre había llevado a cabo una aventura personal que consistía en desarrollar sus aptitudes, sus conocimientos y su vivencia concreta de lo real "*a expensas de todo compromiso de orden político-histórico*".¹⁶ La realidad social permanecía en segundo plano, los acontecimientos públicos no lo afectaban demasiado y el mundo que lo rodeaba era una especie de telón

de fondo sobre el cual se elevaba su vida privada. Pero al acercarse la guerra los acontecimientos comenzaron a pasar menos desapercibidos para él y aquel "telón de fondo" que conformaba la realidad histórica se fue haciendo cada vez más presente en su vida.

La guerra finalmente le enseñaría a Sartre que era necesario comprometerse. Cohen-Solal define así el cambio radical que sufrió, esa "metamorfosis" de su vida: "A la entrada del túnel es un profesor de filosofía en el liceo, con dos libros publicados*, un ser aislado, individualista, poco o nada interesado en los asuntos de este mundo, totalmente apolítico. A la salida, un escritor que multiplica su talento en géneros diversos, políticamente activo: un escritor consagrado que se convertirá, unos meses más tarde, en una celebridad internacional".¹⁷

Las principales preocupaciones filosóficas de Sartre por esta época eran, como explica Jeanson:

poder afirmar *la soberanía de la conciencia* haciendo justicia al mismo tiempo a *la realidad del mundo*. ¿Por qué la soberanía de la conciencia? Porque si no, nada tendría ya verdad

15. Sartre, Jean-Paul, *Cartas al Castor y a algunos otros*, Barcelona, Edhasa, 1986, vol. I. pp. 291-292.

16. Jeanson, Jean-Paul *Sartre en su vida*, *Op. cit.*, pp. 78-80.

* *La náusea* y *El muro*.

17. Cohen-Solal, *Op. cit.*, p. 185.

ni sentido. ¿Por qué la realidad del mundo? Porque si no, la conciencia no tendría que haberse las más que con sus propios fantasmas... Quiere encontrar la realidad del mundo *en la diversidad de sus manifestaciones*... Exigirá encontrar ante todo *la realidad humana* bajo sus formas más concretas, más individualizadas, más singulares... Quiere comprenderla *en tanto relaciones de trascendencia con un mundo real*: en tanto que conciencias singulares; obligadas siempre a superarse hacia un insuperable... Va a proceder ahora a una auténtica liquidación de la "vida interior", es decir, de la conciencia en tanto que receptáculo de "contenidos" psíquicos (percepciones o sentimientos).¹⁸

Para Sartre, la objetividad de la situación estaba antes constituida en virtud de la apropiación que del mundo hacía la conciencia, de forma que toda *praxis* social estaba determinada por la motivación subjetiva que constituía el valor de la objetividad denominada. Pero en su "aprendizaje de lo real" Sartre llegó a comprender que toda conciencia es puesta en cuestión radicalmente al nivel de su relación con las

otras conciencias y que su "soberanía" depende de la forma misma en que asuma esta relación. La manera cómoda e ingenua como definía Sartre su libertad, basada en una teoría muy individualista e idealista, cedería su lugar a la necesidad de un compromiso social y político.

Pero el compromiso sartreano no estaba exento de contradicciones. Francis Jeanson explica que la exigencia absoluta de verdad que acompañó siempre a Sartre, implicaba la *libre proyección de su conciencia sobre el mundo*:

Si se pretende mantener intacta esta libertad, no comprometerse de ninguna forma en el mundo real, la privará de su poder de desvelamiento; si por el contrario la lanza al mundo sin reservas, sufrirá en él tales alienaciones que su relación con la realidad perderá toda verdad. Dicho de otra manera: si no se compromete, nada podrá tomar sentido por él y para él; pero si se compromete a fondo, ni siquiera estará en condiciones de controlar el sentido de su compromiso... Sartre va a emplear tanto tiempo para desembocar en "un sentido verdadero de la realidad" en la exacta medida en que posee "*un sentido real de la verdad*".¹⁹

18. Jeanson, *Jean-Paul Sartre en su vida*, *Op. cit.*, p. 114.

19. *Ibid.*, p. 122.

Durante la guerra, la historia se le mostraba a Sartre de repente como una necesidad de recuperación de su propio destino a través de la escritura:

... hay momentos en que el escribir me resulta maníaco y obstinado, cuando hay tipos reventando como moscas en el Norte y cuando el destino de toda Europa está en juego, pero ¿qué puedo hacer? Además, se trata de *mi* destino, de mi estrecho destino individual, y ningún gran espantajo colectivo debe hacerme renunciar a mi destino... de cualquier modo es *contra* la liquidación de la democracia y de la libertad, contra la derrota de los aliados — simbólicamente—, que realizo el acto de escribir.²⁰

En respuesta a la descripción que Simone de Beauvoir le hacía de sus sentimientos en relación con las lecturas de Hegel que realizaba entonces, Sartre confesaba: “siento igual que usted la tentación de dejar que mi destino se pierda en un inmenso destino colectivo y de diluirlo en él, pero creo que debemos huir de esa tentación”. Comenzaba a ser consciente de que era necesario asumir el propio destino y reivindicar los acontecimientos, porque “nuestros

propios destinos están *en situación*”.²¹

A raíz del choque que experimentó, explicaba Simone de Beauvoir, Sartre comprendió hasta qué punto, a pesar de que lo condenaba, estaba unido al orden establecido. Antes, empeñado en denunciar los defectos de esa sociedad, no deseaba trastornarla. Pero de repente, “todo se desarregló; la eternidad se rompió en pedazos; se encontró, bogando a la deriva, entre un pasado de ilusiones y un porvenir de tinieblas”. Sartre comienza entonces a esbozar la moral de la *autenticidad* que desarrollaría en *El ser y la nada*, según la cual la libertad debe asumir su situación a través de un proyecto. Comprendió que no podía seguir enmascarando su pasividad mediante protestas verbales, que debía renunciar a *ser* y decidirse a *hacer*.²²

Simone de Beauvoir cuenta que cuando Sartre estuvo de permiso, a principios de febrero de 1940, pensaba mucho en la posguerra, estaba muy decidido a no seguir apartado de la vida política:

Su nueva moral, basada en la noción de autenticidad y que

20. Sartre, *Cartas al Castor y a algunos otros*, *Op. cit.*, vol. II, p. 271.

21. *Ibid.*, p. 253.

22. Beauvoir, Simone de, *La fuerza de las cosas*, Barcelona, Edhasa, 1980, pp. 15-16.

él se esforzaba por poner en práctica, exigía que el hombre "asumiera" su "situación"; y la única manera de hacerlo era trascenderla comprometiéndose en una acción: cualquiera otra actitud era una huida, una pretensión vacía, una mascarada. Era evidente que un cambio serio se había producido en él... Él todavía no sabía —no podía saberlo de antemano y no quería prejuzgar nada— en qué consistiría exactamente su compromiso político; pero estaba convencido de que tenía deberes respecto a los jóvenes; no quería que después de la guerra se sintieran como los jóvenes de 1914-1918, una "generación perdida".²³

Quería impedir que la gente joven saliera de la guerra con "conciencias desdichadas", y por esta razón decidió que, una vez recuperada la paz, haría política.

En la época de *El ser y la nada*, la idea de compromiso no tenía para Sartre el sentido moral y político que adquiriría después, pero la idea fundamental de "situación" definida en el libro permitió a Sartre la toma de conciencia que lo conduciría a las diferentes acciones políticas realizadas a partir de la guerra. Este concepto de situación fue

el que le permitió a Sartre descubrir en la relación del hombre con los otros el sentido de la historia. En los cuadernos que escribió durante su movilización en la guerra anotaba Sartre:

El mito, según los historiadores marxistas, es el producto de la acción *sobre* las conciencias de una situación de hecho. Yo invierto los términos y digo que la situación de hecho sólo alcanza a ser *constituida* por el proyecto de una realidad humana a través de ella en dirección al mito que constituye su posibilidad propia. Pero ¿de *qué* realidad humana se trata? No hay más realidades humanas que las individuales, de modo que nos vemos remitidos a un individualismo histórico que se compagina mal con esas grandes entidades colectivas... no hay más que individuos. ¿Cómo salir del atolladero? Con la noción misma de situación... Las *situaciones* correlativas del proyecto de un individuo que se lanza al mundo se presentan, en virtud del *mit-sein* [ser-con], como situaciones *para* los otros, y *no se es* uno mismo más que proyectándose libremente a través de las situaciones constituidas por el proyecto de los otros.²⁴

23. De Beauvoir, *La plenitud de la vida*, *Op. cit.*, pp. 376-377.

24. Sartre, *Cuadernos de guerra*, *Op. cit.*, pp. 395-396.

La enorme y decisiva transformación a la que se vio conducido por la guerra significó para Sartre el descubrimiento de su "historicidad" y su "solidaridad"; en otras palabras, su encuentro con la historia y con la política y la evidencia de que había que comprometerse. Sartre decía que todo hombre es un ser político, pero que él lo averiguó por sí mismo durante la guerra, porque "la guerra hace sentir a cada uno su historicidad".²⁵ Sartre aseguraba en sus cartas que no se aburría, que se sentía contento de vivir y estaba muy interesado en los acontecimientos. Él mismo reconocía que le impresionaba y divertía ver cómo "bajo la presión de los acontecimientos" se había desencadenado en él, que hasta el año anterior era un "abstracto" y vivía un poco en el limbo, un pensamiento histórico.

Suscribía de este modo Sartre aquella frase de Jules Romains que tanto lo impresionó:

"En la guerra no hay víctimas inocentes" ... Aun siéndolo al comienzo, llegan a hacer suya la guerra a través de las mil maneras de hacerse cómplices de ella en los detalles de su vida militar. De modo que el mito de la redención toma aquí

toda su fuerza moral: el carácter de la historicidad es tal que uno sólo deja de ser cómplice convirtiéndose en mártir... No hay, pues, otra manera de asumir la propia historicidad que no sea la de hacerse mártir y redentor... Pagar porque se siente responsable de la realidad humana y quiere asumir su historicidad. Cómplice o mártir, tal es la alternativa. Y tu decisión hace la Historia. Rechazando la guerra, habría pagado por los demás. Aceptándola, pago también, pero por mí solo.²⁶

A partir de la guerra, para Sartre la persona no podrá ser comprendida realmente sino por medio de la historia. Es así como se inicia una plena *historización* de su literatura, en la medida en que ya Sartre concedía un estatuto de plena objetividad a la situación. Él decía a finales de los sesenta que, aunque no renegaba de ninguna de sus obras, sí lamentaba no haberse implicado personalmente por completo en *La náusea*, ya que le faltaba el sentido de la realidad: "He cambiado desde entonces. He tenido un lento aprendizaje de lo real. He visto a niños muriendo de hambre. Frente a la muerte de un niño, *La náusea* carece de peso".²⁷

25. *Ibid.*, p. 198.

26. *Ibid.*, p. 158.

27. Citado por Cohen-Solal, *Op. cit.*, p. 583.

La puesta en cuestión a la luz de la historicidad

La guerra sería para Sartre un nuevo punto de partida. Las experiencias que tuvo en los meses de movilización y más tarde de cautiverio, marcarían para siempre su vida e influirían decisivamente en su obra: allí surgieron muchos de los temas que más tarde desarrollaría tanto en el campo filosófico como en el literario. La correspondencia de Sartre en esa época y en especial los cuadernos que llevó durante su experiencia como soldado, le servían para establecer la ruptura entre su vida pasada y la presente. Las *Cartas al Castor y a algunos otros* y los *Cuadernos de guerra*, constituyen los mejores testimonios de la transformación que Sartre experimenta en este período, de las evidentes y numerosas alteraciones de su pensamiento a partir de la experiencia de la guerra.

La importancia que le concedió Sartre a este acontecimiento era "capital" y afirmaba que hubiera sido una lástima no haber tenido esa experiencia, que consideraba como una "prueba": "Pienso que está bien que en medio de una vida forzosamente emprendida un poco a tientas y que se construye sin perspectivas o con perspectivas falsas, haya un tiempo de prueba que permita

verificarlo todo y ponerlo en su punto".²⁸ No lamentaba nada de lo que estaba viviendo y consideraba aquél como uno de los períodos más plenos de su existencia, como un hecho "necesario": "Me he desprendido un poco de toda mi vida pasada, comienzo a pensar que la guerra puede ser larga y que encontraré un mundo completamente cambiado y quizá con valores diferentes y gente diferente".²⁹ Sin embargo, al comienzo de la guerra todavía no pensaba mucho en lo que vendría después.

Ante todo, Sartre se propuso tomar la guerra como una aventura personal en la que se descubriría a sí mismo. Lo importante para él era sentir la guerra lo más posible, como una especie de obligación filosófica: "Si soporto alegremente la separación, la espera, la vida que llevo aquí, es porque la guerra *me interesa*. Me siento como en un país extranjero que iré explorando poco a poco".³⁰ Quería vivir auténticamente la guerra, para que mereciera la pena haberla vivido, aunque decía que no era tan fácil, pues se trataba de una "guerra fantasma".³¹

28. Sartre, *Cartas al Castor y a algunos otros*, *Op. cit.*, vol. II, p. 127.

29. *Ibid.*, vol. I, pp. 352-353.

30. *Ibid.*, p. 310.

31. *Ibid.*, p. 349.

En noviembre de 1939, Sartre confesaba en su diario que, tomándose estrictamente en cuenta sólo a sí mismo, quedaría algo decepcionado si la guerra terminara bruscamente en poco tiempo, pues ya que estaba lanzado en ella, le interesaba ver todo lo que podía dar de sí “en cuanto a estafa y apaño”, antes de desaparecer: “La guerra nunca ha resultado más intangible que en estos días. La echo de menos, porque, caramba, si no existe, ¿qué demonios estoy haciendo aquí?”.³² Frente a los rumores que corrían de que la guerra podía terminarse de un momento a otro o que iba a ser más corta de lo esperado, escribía que quizás fuera lo más duro, “pues entonces nuestra vida cotidiana vuelve a ser inhumanamente absurda. Al mismo tiempo, la guerra pierde parte de su fascinante atractivo. Y la paz llegará realmente como una estafa carente de grandeza, en provecho de las clases dirigentes. Y nos veremos engañados, amordazados, tras haber perdido un año de nuestra vida”.³³

En febrero del año siguiente reiteraba que si la guerra no duraba demasiado, tenía miedo de volver-

se a sentir “tal como era el año pasado en la cita que había concertado conmigo mismo para la postguerra”.³⁴ En junio escribía Sartre, decepcionado por la forma como se desarrollaban las cosas: “Mañana, probablemente el armisticio, y pronto la paz. Ello nos coloca en un curioso estado de desesperación y alivio a la vez. Dios es testigo de que hubiese sacrificado alegremente cuatro años de mi vida por evitar una paz como ésta. Y aún más. Pero así son las cosas, ha venido esa paz y uno ya está pensando: ¿cómo vivir en ella?”.³⁵

Sartre consideraba que se trataba de una guerra “a lo Kafka”, siempre “detrás”, “inasible”, tan desconcertante que se le “escabullía” del pensamiento. Pretendía comprender la que había tomado como *su* guerra, pues, como él mismo decía, evocando a Heidegger, cada cual tiene un ser-para-la-guerra, como tiene un ser-para-la-muerte. Menos de un mes después de haber sido movilizado decía: “me parece que una eternidad me separa del último 3 de septiembre. Ya no soy el mismo: mi carácter no ha cambiado pero sí mi ser-en-el-mundo. Es un ser-para-la-

32. Sartre, *Cuadernos de guerra*, *Op. cit.*, pp. 30 y 33.

33. *Ibid.*, p. 63.

34. *Ibid.*, p. 266.

35. Sartre, *Cartas al Castor y a algunos otros*, *Op. cit.*, vol. II, p. 302.

guerra”.³⁶ Un *ser-para-la-guerra* que comenzó a tomar como algo “natural”, a pesar de que la mayor parte del tiempo sentía que esa guerra era “inapresable” para él.

Admitía Sartre en su diario que la actitud de resguardarse “en lo alto de la torre, cuando la parte baja es víctima de un ataque, y de mirar hacia abajo desde lo alto, sin pestañear, con los ojos algo dilatados por el miedo, era la actitud que había elegido en el 38-39 ante las amenazas de guerra”.³⁷ En efecto, Sartre se había refugiado en una *conciencia impersonal y separada del mundo*, pero entre los últimos meses de 1939 y comienzos de 1940, y bajo la influencia de Heidegger, esa actitud cambió. Él mismo confesaba que cuando se conoció la declaración de guerra “fue como si una pared se alzara detrás de mí para separarme de mi vida pasada. Ahora ya está, estoy atrancado... desde que partí, estoy atrancado para todo lo que constituía mi vida anterior”.³⁸

La influencia de Heidegger le permitió a Sartre un replanteamiento

de su relación con el mundo, una comprensión existencial de la realidad, el verdadero encuentro con la historia. Sartre comprendió que no hay nada más allá del proyecto mediante el cual la realidad humana se realiza a sí misma. Lo que impresionaba de Heidegger era la idea de un pensador que asumía su situación y su tiempo: La obra filosófica heideggeriana puede ser considerada, en efecto, como la superación de una situación histórica patética, en los tiempos de la decadencia de Alemania después de la primera guerra mundial. Heidegger y la guerra le descubrieron a Sartre su “historicidad”, concepto que empezó a obsesionarlo desde entonces.

Sartre quería que sus cuadernos fueran “la historia de un hombre en guerra, que no figura ni entre los menos favorecidos ni entre los más dichosos”.³⁹ Él quería comprenderse a sí mismo comprendiendo el mundo y en este sentido consideraba que el suyo era el diario de un testigo: “el testimonio de un burgués de 1939 movilizado, sobre la guerra que le hacen hacer”. Sartre pensaba que el valor histórico de su testimonio justificaba que escribiera cualquier cosa en sus cuadernos, ya

36. *Ibid.*, vol. I, pp. 344-349.

37. Sartre, *Cuadernos de guerra*, *Op. cit.*, p. 389.

38. Sartre, *Cartas al Castor y a algunos otros*, *Op. cit.*, vol. I, pp. 298-300.

39. Sartre, *Cuadernos de guerra*, *Op. cit.*, p. 60.

que se trataba de un testimonio que valía para millones de hombres:

Es un testimonio *mediocre* y por ende *general*; todo lo que escribo es interesante, incluso la confesión de mis melancolías, pues son melancolías o morriñas de 1939. De modo que escribiré cualquier cosa sin humildad. He aquí una astucia propia del orgullo. Siendo demasiado lúcido para conceder valor a *todo* lo que escribo (rumores, chismes, vaticinios políticos, estados de ánimo), me las arreglo para conferir este valor a todas mis observaciones sin excepción dando un rodeo por la Historia. Utilizo la *relatividad* histórica para dotar a mis observaciones de un carácter absoluto. La ventaja de este ardid —pues, con todo, tiene una ventaja— consiste en darme el sentido de mi historicidad, del que en definitiva siempre había carecido.⁴⁰

Durante la guerra tuvo especial importancia para Sartre la vida comunitaria que llevaba con sus compañeros, pues esta experiencia le hizo cuestionar su individualismo. Ya que rechazaba el humanismo burgués que rinde honor a una supuesta “naturaleza humana”, ya que el hombre, según su propia concep-

ción, está por hacer, dejaría de oponer individualismo y colectividad, considerándolos en adelante inseparables. En ese momento crucial en que su libertad se encontró con la libertad de los demás, fue cuando Sartre trató de conciliar la libertad interior con la exigencia de una libertad para todos los hombres. Por eso él mismo dirá que sólo había llegado a comprender la lucha de clases durante la guerra, cuando estuvo en un verdadero contacto con otros hombres. Sartre comenzó entonces a tomar conciencia de que cada hombre es un ser histórico, que cada uno de nosotros forma parte de una historia que se decide a cada momento mediante hechos colectivos.

De este modo, los *Cuadernos de guerra* son un testimonio de Sartre sobre el extraño giro que ésta tomaba, pero son también, como él mismo lo explicaba, un ponerse a sí mismo en entredicho, con el ánimo de progresar. Este ponerse en tela de juicio consistía en un replanteamiento que marcaba el final de su juventud, gracias a un riguroso proceso de autoanálisis y a una toma de conciencia de la situación que lo llevaron a tener en cuenta a los otros en su realidad concreta. La tarea de “pensar contra sí mismo”, que Sartre realizó de forma obstinada en su período de movilización, significa-

40. *Ibid.*, pp. 88-90.

ba el paso a la edad adulta, así como el asumir sus responsabilidades frente al mundo y un compromiso con él.

Pero Sartre decía que no creía que fuera:

provechoso estar espulgándose toda la vida. Ni mucho menos. Me horrorizaban los cuadernos íntimos y pensaba que el hombre no está hecho para contemplarse, que debe fijar siempre su mirada en lo que está ante él. No he cambiado. Simplemente me parece que uno puede, con motivo de alguna circunstancia fuera de lo común, y cuando está uno cambiando de vida, como la serpiente que muda de piel, pararse a mirar esa piel muerta, esa imagen quebradiza de serpiente que se deja atrás, y hacer balance. Después de la guerra no seguiré escribiendo este cuaderno, o, si sigo con él, no hablaré ya de mí.⁴¹

Su diario se constituyó en una verdadera puesta en limpio que tendría un papel muy importante en la producción sartreana posterior, pues significaba la posibilidad de un nuevo comienzo: "Escribiendo trato de construir una base sólida y cristalizada de la que partir: ayudar

a mi ser presente a zozobrar en el pasado, hundiéndolo un poco si hace falta".⁴² En estos cuadernos están ya señalados muchos intereses que desarrollaría en sus obras posteriores, especialmente en *El ser y la nada* y *Las palabras*, así como sus primeras ideas para una moral. También está ese interrogante al que sólo hallará respuesta hacia los años setenta con *El idiota de la familia*: ¿Cómo dar cuenta de un hombre en su totalidad?

Escribir para su época

Sartre escribió especialmente para sus coetáneos y su preocupación fundamental fue la de tomar partido en la lucha política de su tiempo. A propósito de su autobiografía *Las palabras* (1964), decía que a través de su historia quería transcribir la de su época. Pero la expresión "*Écrire pour son époque*", explicaba Sartre, no significa solamente escribir para el propio presente, sino "escribir para un porvenir concreto delimitado por las esperanzas, los temores y las posibilidades de acción de todos y cada uno".⁴³

41. *Ibid.*, p. 171.

42. *Ibid.*, pp. 16-17.

43. Jeanson, *Jean-Paul Sartre en su vida*, *Op. cit.*, p. 26.

La historia, como sabemos, crea condiciones diversas para los hombres, según la época y el medio social en que hayan nacido. Al aceptar penetrar en el mundo real en el que está inmerso, comprometerse en él y tomar partido en las luchas que lo dividen, el mundo se anima para el hombre y adquiere una dimensión histórica. Jeanson dice en este sentido que “el verdadero *sujeto*, el sujeto actuante, el que no está condenado a ver trocarse en gestos todos sus actos, es aquel que logra despojarse de su ‘yo’, superar en sí mismo todo ‘carácter’, toda preocupación de *ser* cualquier cosa, toda tentación de dejarse ‘aprisionar’ en una *naturaleza* cualquiera”.⁴⁴

La tarea que se propuso Sartre fue asumir su situación y actuar mediante un movimiento de “universalización”; es decir, emprender concretamente en el mundo humano actos particulares que condujeran a lo universal.

De su singularidad misma un hombre, a fuerza de profundizarse, extraía lo Universal —la condición humana— y nos ofrecía, sin la menor concesión de orden metafísico, la *descrip-*

ción más coherente, la más rigurosa y la más clara que se pueda soñar... Su actitud no era ni verdadera ni falsa: una empresa humana entre otras, aleatoria y necesariamente relativa como lo son todas ellas. Sin embargo, se advierte que ella se ha prolongado, que ha resistido y que parece habernos, en efecto, tomado de más en más realmente disponibles para una verdadera lucha, al no cesar de discutirse a sí misma bajo nuestros ojos y de arrancarnos así, de pensamiento en pensamiento, a todos los mitos que engendra el pensamiento.⁴⁵

La obra sartreana es la expresión de una conciencia singular que se universaliza, esforzándose por comunicarse con otras conciencias:

la afirmación de lo universal al nivel de la filosofía seguirá siendo abstracta y vana mientras los hombres no se dediquen a concretar este universal, a realizarlo creando entre ellos las condiciones de su funcionamiento. En este aspecto, toda filosofía es un idealismo, desde el momento que propone una Verdad sin indicar los medios de ponerla en obra, de facilitar

44. Jeanson, Francis, *Sartre por él mismo*, México, Compañía General de Ediciones, 1958, p. 100.

45. Jeanson, Francis, *El problema moral y el pensamiento de Sartre*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1965, pp. 308-309.

su influencia sobre el mundo. Y el intelectual es un idealista, en la medida en que su conciencia, girando en el vacío como un mecanismo descompuesto, se plantea —y opone a la realidad— cuestiones que no pueden tener ningún sentido para la inmensa mayoría de los hombres, en las situaciones concretas que se les infligen.⁴⁶

Al emprender la tarea de resolver sus problemas vitales, en un largo trabajo de transformación de sí, Sartre nos liberaba:

Esa relación con lo Absoluto sobre cuya base Sartre se ha engendrado, él la ha designado muchas veces con el nombre de *neurosis*; yo entreveo, por mi parte... *la primera palabra de toda actitud moral auténtica*, la esencia misma y la originaria alienación, de la humana exigencia. Bastardos absolutos —ni hombres ni ratas, como todo el mundo, y por añadidura ni opresores ni oprimidos como todo *intelectual* en un mundo burgués— la preocupación de no ser cómplice de ese mundo nos reduce a nada: *nos obliga a todo*, si pretendemos existir... una obra ha salido de esta neurosis, un pensamiento capaz de informar

su época, *una moral* en fin, que nos pone en guardia contra toda moral no cesando de incitarnos a estrechar nuestras perspectivas sobre la historia, a situarnos más conscientemente en ella sin renunciar, empero, a la preocupación de existir por nosotros mismos.⁴⁷

Sartre aspiraba a una antropología o estudio total del hombre, su empresa fue reconciliar el objeto y el sujeto; no siendo ni comunista ni burgués, se esforzó en ser a la vez lo uno y lo otro, y en este mismo sentido se ubica su intención de mostrar los límites tanto de la interpretación psicoanalítica como de la interpretación marxista, afirmando que sólo la libertad puede dar cuenta de una persona en su totalidad. En resumen, la tarea de Sartre fue reconocer en sí mismo y representar para nosotros las contradicciones de la humanidad completa.

Sartre no dejó de cuestionar su propio presente a la luz del porvenir, y en ese sentido era consciente de vivir en una época de grandes cambios, aunque no supiera a dónde habrían de conducir. La posibilidad de una destrucción total de la tierra era una de sus preocupaciones fundamentales; pero frente a la

46. Jeanson, *Sartre por él mismo*, *Op. cit.*, p. 99.

47. Jeanson, *El problema moral y el pensamiento de Sartre*, *Op. cit.*, p. 337-338.

intervención de los países colonizados o semicolonizados en la historia del mundo y las guerras populares que desencadenan, las bombas atómicas no tenían a sus ojos ningún poder. Sartre privilegiaba su época sobre todas las otras, pues pensaba que “la Historia presenta pocas situaciones más desesperadas que la nuestra. Este siglo es en efecto el de la más radical discusión que haya sido infligida a la etema coartada de los hombres, a su ‘humanismo’ del momento”.⁴⁸

¿Podemos aún hoy decir que Sartre es nuestro contemporáneo o ya ha sido superada aquella época que él privilegiaba? Hemos visto que Sartre se situó en su presente, pero apostó por un porvenir con el que soñaba, en el que se resolverían las contradicciones que desgarraban su mundo. Ante todo, intentó resolver los problemas que estaban realmente a su alcance. Quizás tengamos que preguntarnos todavía, un cuarto de siglo después, como hacía Jeanson:

¿Pero dónde conviene situar las contradicciones de esta época? Si se toma en serio el tema de la *escasez*, la más aguda de ellas se situará entre las necesidades de mil millones de hom-

bres (que hoy están, una vez más, amenazados por el hambre) y las preocupaciones del Sr. Onassis* ... ¿Qué quieren los estudiantes, que quieren los maoístas? Un mundo nuevo en el que no estén “esclavizados”, en el que puedan contribuir al advenimiento del “hombre total”. Si se tratase verdaderamente de triunfar sobre la *escasez*, en el sentido material del término, el objetivo sería sencillo (llevar a cabo un mejor reparto de los bienes de este mundo) y las alianzas serían claras, *a escala planetaria*. En cuanto a las posibilidades de éxito. Pero se trata en realidad de promover una cierta *calidad de vida*; y esta exigencia es necesariamente ambigua en la medida en que reposa sobre un conjunto de condiciones materiales de las que ya disponemos, globalmente, en una cierta parte del mundo: morir de inanición es una cosa; soportar el capitalismo francés, su Universidad y su policía, es otra.⁴⁹

Según Jeanson cuanto más tenemos la sensación de ser responsa-

* Hoy deberíamos decir el Sr. Bill Gates y más de dos mil millones de hombres que sufren hambre...

49. Jeanson, *Jean-Paul Sartre en su vida*, *Op. cit.*, p. 304.

48. *Ibid.*, p. 345.

bles respecto de la historia, tanto más se revuelve y se empaña nuestra visión de la misma, hasta el punto que incluso ya no sabemos muy bien a qué llamamos "historia": "Sin duda, es algo que pesa sobre nosotros con una gravedad considerable; es una urgencia en nuestra vida, y no lo era para los contemporáneos de Abelardo o incluso de Descartes: pero tenemos pocas luces acerca del modo en que convendría asumir esa urgencia".⁵⁰ Por su parte, Sartre afirma en su famosa *Respuesta a Albert Camus* que si es verdad, como dice Marx, que el hombre hace la historia, que la historia no es más que la actividad del hombre en la persecución de sus propios fines, entonces,

el que crea alejarse de ella dejará de compartir los fines de sus contemporáneos, y sólo será sensible a lo absurdo de las agitaciones humanas. Pero en cuanto declame contra esas agitaciones, volverá a entrar, por lo mismo y mal de su grado, en el ciclo histórico, ya que sin quererlo proporcionará a uno de los dos bandos en pugna, el que se mantiene ideoló-

gicamente a la defensiva (o sea aquél cuya cultura se halla en trance de muerte), argumentos adecuados para desalentar al otro. En cambio, el que se pliegue a los fines de los hombres concretos tendrá por fuerza que elegir sus amigos, porque en una sociedad desgarrada por la guerra civil no es posible asumir los fines de todos, ni rechazar todos los fines a la vez. Pero desde el momento en que elija, todo cobrará sentido: sabrá por qué combate y por qué resisten los contrarios. La comprensión de la Historia se da en la acción histórica. Pregunta usted [Camus] si la Historia tiene un sentido y un fin. Para mí lo que no tiene sentido es la pregunta, porque la Historia, con prescindencia del hombre que la hace, no es sino un concepto abstracto e inerte, del que no puede decirse que tenga un fin o que no lo tenga. El problema consiste, no ya en *conocer* su fin, sino en *darle* uno. Por lo demás, nadie actúa *exclusivamente* con miras a la Historia. En realidad, los hombres están comprometidos en proyectos de corto alcance, iluminados por esperanzas lejanas. Y tales proyectos nada tienen de absurdo. No vamos a discutir si hay o no valores trascendentes a la Historia; nos limitaremos a señalar que, *supuesto que los haya*, se ma-

50. Jeanson, Francis. "Los caracteres existencialistas de la conducta humana según Jean-Paul Sartre", en: *De Gide a Sartre. Puntos de partida*, Buenos Aires, Paidós, 1970, p. 169.

nifiestan a través de los actos humanos, que son por definición históricos. He aquí una contradicción esencial al hombre; se hace histórico para perseguir lo eterno, y descubre valores universales en la acción concreta que realiza para lograr un resultado particular. Si dice usted que este mundo es injusto, ha perdido la partida: se encuentra ya fuera y en trance de oponer un mundo sin justicia a una justicia sin contenido. Pero descubrirá la justicia en cada esfuerzo que haga por organizar su empresa, por distribuir los cargos entre los camaradas, por someterse a la disciplina o por imponerla. Marx nunca dijo que la Historia tuviera un fin. ¿Quién puede decir semejante cosa? Tanto valdría afirmar que el hombre se quedará alguna vez sin objetivos. Habló únicamente de un fin de la prehistoria, es decir, de una meta que se alcanzaría en el seno de la historia misma, y sería superada, como todas las metas. No se trata, por lo tanto, de saber si la Historia tiene un sentido y si nos dignamos participar en ella: puesto que estamos metidos hasta el cuello, debemos tratar de darle el sentido que nos parezca mejor, prestando nuestra colaboración, por pobre que sea, a to-

das las acciones concretas que la necesiten.⁵¹

El inconformismo de Sartre, su intransigencia tenaz, su idea de compromiso y su concepción del quehacer político como un cuestionamiento permanente de sí, lo convirtieron en un testigo ejemplar en el cual se encarnan de forma singular las esperanzas y las derrotas de la revolución occidental. Sartre actuó siempre en función de sus propias teorías, de sus propias creencias políticas, y su compromiso fue siempre total; cuando actuaba políticamente se sentía libre, porque nunca perteneció a ningún partido ni estaba condicionado por nadie. Lo que le distingue de otros intelectuales de izquierda es que él no se conformó con una simple adhesión que lo eximiera de una verdadera toma de partido, pues no concebía la acción política como un mero testimonio sin opciones directas.

Las rupturas tan importantes con Camus o Merleau-Ponty se debieron a esta relación de Sartre con la política y su compromiso con la historia. Por esta razón, la dimensión política y la historicidad del pensa-

51. Sartre, Jean-Paul, "Respuesta a Albert Camus", en: *Literatura y arte: Situaciones, IV*, Buenos Aires, Losada, 1966, pp. 94-95.

miento de Sartre, cuyos orígenes hemos intentado esclarecer, son fundamentales para comprender el significado de su obra teórica, la cual podría caracterizarse como una reflexión sobre cómo el hombre se sitúa y actúa en la historia. En efec-

to, la obra de Sartre posterior a *El ser y la nada* es inseparable de su actividad política, y es precisamente esta articulación la que confiere enorme importancia a su papel como intelectual en la historia de la cultura francesa.